ra mundial, pero sin la prensa de todos los países, la guerra no hubiera sido una imposibilidad factible. Los hombres, generalmente, son amantes de la paz; pero la prensa despierta en ellos sentimientos guerreros, no siquiera necesita ser subvencionada por los grandes industriales; bástale con ser patriótica; y esto es lo que fué en casi todos los países. Patriotismo y paz mundial no conviven muy de acuerdo. Más aún, casi todos los países tienen Ambiciones que no pueden ser llevadas a la realidad si no se recurriendo a la guerra.

A pesar de sentirse ya la influencia de Eduardo VII, la opinión pública en Francia era pesimista aún en 1912. Mucho me alarmó, en 1913, cuando percibí que la atmósfera había cambiado por completo. Los discursos pronunciados en la recepción de Henri de Regnier en la Academia, contribuyeron a formar en mí esa opinión concreta. El mismo día anoté que "el nacionalismo que teóricamente fué vencido en el "affaire" Dreyfus acababa de obtener prácticamente una gran victoria en Francia". Un viento de guerra y locura corre a través de Europa. A pesar de todas las victorias socialistas en las elecciones, sobre todo sopla en Francia. Poco tiempo hace que un diario francés se dirigió a mí, preguntándome si teníamos una cultura de carácter internacional; contesté afirmativamente, — en geometría, astronomía, química, física y medicina, — pero fuera de ellas, no me pregunto si tenemos una cultura internacional, pero si tan siquiera tenemos cualquier clase de cultura colectiva.

En nuestros días, pueblos, clases y partidos se odian unos a otros, cada vez más; nadie cree en el derecho; existe una liga de las naciones, pero vale la pena hacer notar que no tiene su asiento en La Haya sino en Ginebra, donde puede ser mejor controlada.

Rusia, Japón y China estrechan cada vez más sus lazos de unión con el pretexto de asegurar la paz mundial.

Europa tiene cierta cultura colectiva y determinadas artes, las que están más o menos a punto de naufragar, y para completar su civilización tiene también una corrupción colectiva.

Cada nación se contempla como la mejor del mundo; he oído la pregunta de un chico de Francia, a su padre: ¿No es cierto lo que afirma el maestro que Colón no fué polaco? En Sweden no danés Grundtvig dice que sus feligreses están más cercanos a Dios que todos los demás hombres. Pregunté en cierta ocasión a un profesor de Cristiania si no tenía la misma de su pueblo cualquier habitante de Noruega; sonriéndose ligeramente y con suavidad respondió: "yo no creo así". El nacionalismo, el militarismo (que está cada día más fuerte) y el creciente comunismo, son las tres grandes fuerzas de nuestro tiempo, y en parangón con ellos el socialismo es demasiado suave y pacífico. El ideal político del siglo XIX — libertad colectiva — fué completamente desterrado de muchos países donde imperan los elementos conservadores, como asimismo donde reinaran los bolcheviques.

Antes de la gran guerra eran los alemanes muy susceptibles a toda crítica venida del exterior. El antigermanista de un gran diario parisino, al que no me fué posible visitar en 1913 a causa de estar muy ocupado, me escribió posteriormente para decirme que había sido hablar de mí, que era enemigo de Alemania, pero que él nunca había de creer que mal odio llegaría hasta el punto de negarme a hablar con un alemán.

Otro tanto ocurría en Francia. También antes de la guerra era muy susceptible, pero hoy esa susceptibilidad se ha agudizado tanto, como el carácter de piel. Todo aquel que deja traslucir la más mínima sospecha sobre la justicia del proceder de la política francesa, es inmediatamente conceptuado como enemigo de Francia y un renegado. Y todo extranjero debe quedar boquiabierto de admiración y alabar a Francia, porque si no lo hace es seguramente bajo la influencia de la propaganda alemana. Un eco de odio a Francia se extiende en Inglaterra y Estados Unidos, la cólera está a punto de llegar. Francia es considerada como heredera del militarismo prusiano. Emplea los medios que condenó antes de la guerra. Aquella Francia que ganó todos los corazones de Europa y América, la Francia de Armand Carel, Jules Ferri, Lamartine, Victor Hugo, Balzac, Flaubert, Emilio Zola no existe más. Uno de los más tristes resultados de la guerra es la mediocridad, que es negación de toda grandeza y claridad, que propaga una enfermiza religiosidad e impotencia. La ciencia está desacreditada. El instinto es glorificado por personas que carecen de él, y las masas aplauden aquello que menos comprenden. Veinte años tuvo el mismo fin que Treitzki: todo aquel que se encuentra un poco más arriba de las masas debe ser destruido. Eso es lo que en Alemania causó la muerte a un espíritu tan pacífico como Walter Rathenau. En general las mejores personas son reconocidas por mediocridades.

He conocido a Kap (1) a la edad de 14 años. No podía tener mejor educación que la que recibía. Su padre Federico Kap era una persona extraordinaria, un Bismarck, un apasionado amante de la libertad. Morel, el mejor hombre de Inglaterra, tuvo que hacer seis meses de prisión en 1917 por haber mandado uno de sus panfletos a Romain Rolland, en los que decía que el militarismo alemán no fué peor que cualquier otro militarismo. Europa está dominada actualmente por alarmas políticas. Son tantas las causas para venganzas, que el porvenir es ciertamente obscuro. El acercamiento de Rusia y Japón abre nuevas perspectivas. La voz más fuerte en el mundo no viene actualmente de Europa; ésta toca el segundo violín. Tengamos la esperanza de que Europa será salvada para aquellos que nos sigan.

(1) El jefe del movimiento revolucionario en Alemania en 1921.

La propaganda en el Sud

Impresiones de nuestra gira

GENTE DEL PUEBLO

Dos actos realizamos en Cipolletti: de tarde, más o menos a las cuatro, y de noche una velada cinematográfica, los que, el primero sobre todo, se vieron favorecidos por una concurrencia numerosa. Hablamos, en el de las 4, Baiza y yo, y por la noche Pablito Hernández y otra vez yo.

En el acto de la tarde, a media conferencia, nos interrumpió un aguacero. El público, formado en su gran mayoría por obreros de las colonias cercanas, apenas se movió el aguacero empezó a arremolinarse y dar muestras de su inquietud y nerviosidad; en cambio otra parte del público, en su mayoría clase media y burguesa, empezó a abrir un paraguas claro, como deliándole cuenta a los obreros. Pero no hubo mayores incidencias y todo terminó en este pequeñísimo incidente.

Poco queremos destacar el interés de los obreros hacia nuestras cosas. Se trata de poblaciones donde no son frecuentes las manifestaciones de propaganda, y la circulación de libros, folletos y periódicos es bien escasa. Hay mucha gente que no sabe leer y tampoco se encuentra en condiciones de aprender; entre el cansancio de las tareas, la influencia de los viejos, el abuso del alcohol y la afición al juego y su propia vida accidentada contribuyen a formar esta pereza mental que les impide darse a una labor paciente como es la de ir instruyéndose. Se necesita que algo los sacuda fuertemente para despertarlos a otra vida, la de su reivindicación y su libertad. Se ve esto claro en el manejo de la política. Aquí los partidos no tienen esa influencia popular de otros ambientes. La gente que vota y acude a los comités son los que juegan intereses en la política. Nada les dice a los trabajadores la chácharа de los candidatos. Los ven y escuchan como si no les importase.

Sin embargo, el movimiento que traslucen los revolucionarios los interesa. Empiezan a comprender el problema social y se dan cuenta cabal del triste destino que les ha asignado la sociedad burguesa. Llegado el momento están con nosotros y hasta van más allá: ponen el pecho y el brazo, los dolores abrieron cuerpo y conciencia en el obrero de la pampa.

Esto es el pueblo de estos territorios, la masa en que trabajan nuestros compañeros llevando adelante la gran empresa del esfuerzo y la propaganda, noches, días, meses. Vimos su obra.

En Cipolletti, una pequeña población y colonia cercana a Dispolitzi, unos colonos italianos organizaron una cooperativa para poder el gobierno la designación de un juez y el nombramiento de comisarios o comisión de fomento. Entre los pobladores surgió una natural repulsión hacia estas transacciones. Todos vieron clara la maniobra: se trataba de dos o tres hambrientos que, incapaces de ejercer otras funciones más lucrativas, como las del comercio, etc., optaban por un puesto fácil, la dirección de autoridades. Y la visita popular se dirigió a los compañeros, sabiendo que en ellos estarían los medios de oponerse a esta maniobra, pero los compañeros, con una clarividencia no común aprovecharon la oportunidad para hacer propaganda de sus ideas y exponer las diferencias existentes entre los que medran entre los apetitos por intereses y el sentimiento libertario de los anarquistas.

En estos medios, pues, es a donde debe llevarse constantemente la propaganda, y en ellos se encuentra también, en el pueblo que trabaja, la posibilidad de progreso y su contacto de las ideas, cuyos resultados no pueden ser cinco realmente halagüeños para todos.

LA MANO PROLETARIA

Cuando se viaja se observa la acción en conjunto del formidable esfuerzo que realiza la labor obrera en el campo. Las poblaciones se suceden a las poblaciones en una línea continuada que no tiene fin. Apenas se borra de la pupila la visión de una [illegible] cuando ya se alcanza la perspectiva de otra.

A veces surgen, como sorprendiendo al viajero detrás de una colina, otras veces se aparecen en la lejanía como si se hubieran evadido a [illegible] sar a la sombra de los árboles, después de un largo viaje.

Y el trecho que separa una población de otra está lleno de campos, de chacras, de tierras donde la obra de la mano obrera salta a la vista. En los pueblos, estas enormes distancias que ahora cubrimos en unas cuantas horas, hasta hace pocos años, existían 10, eran tierras completamente vírgenes, incultas, donde apenas había penetrado la reja del arado, una máquina pequeña y rudimentaria que cargó sobre sus espaldas junto con sus sueños de oro, el extranjero que vino a conquistar América. Y en menos de un medio siglo se ha producido el milagro. Millares de pobladores han sido surgiendo aquí y allá, ligados por los nervios de hierro de los ferrocarriles; millares de hectáreas han sido desmontadas, hecha la mano, en rudimentarias jornadas, con toda clase de riesgos, para ganarlas al cultivo y a la ganadería.

Todavía se ven las huellas de las tierras donde los indígenas asaltaban las maniobras de los primeros pobladores y los fosos abiertos donde éstos montaban guardia para defender del malón la vida de los suyos y el pobre rancho que los cobijaba.

Ha sido esta, tal vez, la épica más heroica de la historia de estos pueblos. La lucha sorda y silenciosa contra la inclemencia del ambiente, contra la hostilidad del aborigen, contra los propios medios escasos para realizar la conquista del suelo y los medios ínfimos de la producción y de protección, realizada en el silencio de los campos, mientras en las ciudades compatriotas la futura organización económica y política que [illegible] el valor de los años a arrasar con todo el sacrificio de los primeros colonizadores.

Cuando se viaja se abarca la visión en conjunto del caótico esfuerzo proletario. Todo esto que surge a nuestro paso, que admiramos, que llama nuestra mirada, es la obra del trabajo, el fruto de la mano del hombre humilde, de ese héroe tan anónimo, y sin embargo tan grande, de [illegible].

No sé si es más que la huella de un obrero dominándolo todo. Si ha sido quien ha extendido esos caminos de hierro por donde ahora, cruzando distancias, corre rápido el tren; si ha sido quien ha realizado este milagro de cubrir adonde haya ahora el ventrudo burgués, una vez por año, a mirar sus fincas y a disponer los trabajos del año próximo; si ha sido quien desmontó todos esos bosques y abrió todos esos canales por donde corre bullicioso el agua realizando el milagro de convertir en fértiles esas tierras que parecían condenadas a una eterna esterilidad; si quien levantó todos estos pueblos, estas ciudades, estos puertos. Y todo esto en el escaso tiempo de medio siglo y realizado en las condiciones de dolor, de esclavitud, de explotación en que se desenvuelven los trabajadores. Llevado adelante en reñida lucha contra todos, sin más recursos que la fuerza de sus músculos y la fuerza de su voluntad, y lo más bello, triunfando siempre.

Porque todo esto que vemos es el triunfo del esfuerzo, de la labor del humilde. Nada de esto es del propietario ni del Estado; aquí su voluntad no ha existido, que ellos han aparecido después, a aprovechar el trabajo, el sacrificio, el dolor de los otros, como hacen siempre. La cosecha fácil del acaparador pasando por encima de los obreros, de la voluntad creadora de los de abajo.

Sólo hay ahora, ya que la obra de conquista del suelo, de afianzamiento del progreso en su fase material, está realizada, o cuenta por lo menos, con su haz de trabajo, que comenzar